

NUEVA OBRA DE MARTINEZ DE LA VEGA

Manuel Vargas Montiel

Cabeza de Cristo yacente

Pastel sobre cartón, 0,23 x 0,40 m.

Fdo.: Martínez de la Vega (ángulo superior izquierdo)

Málaga,. Colección: P. Lemcke.

La vida es asomarse al balcón de la multiplicidad de los seres y las cosas, y descubrir su esencia secreta. Ejercicio cotidiano para la sensibilidad que sumerge al hombre en el mundo del que, por muchos que sean los caminos e intentos para alejarse de él ensimismándose en una fría soledad, no puede apartarse jamás. Tal vez sea por ello, que el pintor rechaza el “arrebato” posesivo primario de asimilar lo circundante, y se entrega a un desinteresado objetivo: disfrutar de la esencia de las cosas a través de la pura contemplación.

Si admitimos que la personalidad del artista es un factor clave del carácter de la obra de arte, es indudable que los dibujos realizados entre 1902 y 1905 por Martínez de la Vega, son un medio de revelación del pintor. Una revelación, a través de la inestabilidad de la línea y la forma, de un mensaje de alto contenido emocional y moralista que llega a conmovernos.

Y cabe preguntarse hasta qué punto esta “Cabeza de Cristo yacente” y otros dibujos de temática similar y misma técnica, son soluciones ocasionales al despropósito de la vida de nuestro pintor o en cambio son reflexiones, una y otra vez, sobre lo que denominaremos “indeterminación de la forma”. Una forma, sus dibujos, que es “empujada” hacia su propia libertad, hasta conseguir que toda la composición se convierta en metamorfosis de lo real: todo entonces, concluye en un “vacío” del dibujo. Pensamiento y conocimiento unidos en Martínez de la Vega, que propone como solución final la desaparición de los anclajes reconocibles que circunscriben la figura. Ella es el objeto mismo en su entorno vacío: un trazo abierto a su propia energía.

Ahora, transformado Martínez de la Vega en excentricidad por tal determinación plástica, se separa de su tiempo pictórico y se “convierte” en paladín -consistente o no- de la avanzadilla en aquella Málaga que le tocó compartir.

Pero la angustia vital de Martínez de la Vega no sólo fue por mantener una constante en su obra última, estaba también determinada por la desgraciada situación familiar, muerte de su mujer e hijas, que le llevó al desgarró extremo y tremendo de su vida, intoxicado de alcohol y drogas.

Esta extraña simbiosis, se apodera de la obra y crea efectos de alto contenido dramático, donde lo natural y también lo sobrenatural se entrelazan para establecer una particular manera de expresión.

Grañas, las de sus realizaciones últimas, que vienen marcadas por un alto grado de virtuosismo técnico, y en nada igualables a lo realizado en su anterior producción y por aquellas fechas, en el enquistado panorama pictórico malagueño. Lo marginal en este dibujo cobra rango de esencia, y el apasionado arrebató místico al que Martínez de la Vega somete su figura, nos muestra la fragilidad de la propia existencia más que lo racionalmente ideal. Tensión dramática y descomposición de la forma que se sobrepone a la naturaleza inherente de la figura. Claro anticlasicismo compositivo que rechaza interpretar el tema desde una visión tradicional, y sí más bien desde la expresividad emocional. La realización en perfil y el rictus del mismo, enfatiza el sufrimiento del rostro, que en ausencia de cualquier otro anclaje referencial, se convierte en paradigma de la angustia del ser humano. La línea rota, indeterminada, laberíntica, sugiere el ritmo y el volumen y, también, el movimiento y la luz que inunda por completo el dibujo. Una luz que parte desde varios focos, secundaria a la línea pero no al color porque lo resalta.

El color como elemento compositivo se entrelaza con la línea o se separa para formar el fondo que pierde su carácter penetrante y regulador de la composición. Al mismo tiempo, el dibujo se diluye en el ritmo dinámico de la línea. Por ello la figura se vuelve flotante en relación a sus fondos lumínicos y cromáticos, y queda convertida en deformación, colorido y signos.

Características todas que invaden el “yo” de nuestro pintor hasta llenarlo de “exasperación pasional”. Martínez de la Vega, parece haberse convertido en víctima de fuerzas incontroladas contra las que no puede luchar. Sus ojos increpan, escogen y ordenan la multiplicidad de visiones para componer un sistema de imágenes totalizador como deformación coherente de la realidad. Realidad ocultada por la pasión, que niega su propio tiempo y le cierra los ojos al mundo. Abandonó lo conservadoramente seguro, para rozar la evasión: libertad creativa donde la línea quebrada y descompuesta impera sobre el trazo firme y rígido del compás. Drama de las formas que olvidan los caminos del academismo pictórico para asirse a la conciencia interior. Expresión de una vida que, como sus Cristos, agonizó en la soledad infinita.

Nueva obra de Martínez de la Vega

